

CARDENAL CARLO CAFFARRA

NO ANTEPONER NADA A CRISTO

REFLEXIONES Y APUNTES PÓSTUMOS

Prefacio de
Mons. Matteo Maria Zuppi
Arzobispo de Bolonia

Prólogo a la versión española de
Don Juan Antonio Reig Pla
*Obispo de Alcalá de Henares y
Vicepresidente del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II
para Ciencias del Matrimonio y de la Familia (Sección Española)*

Traducción de
Elena Faccia Serrano



BIBLIOTHECAHOMOLEGENS

© 2018, Edizioni Studio Domenicano, via dell'Osservanza 72, 40136 Bologna, Italia, www.edizionistudiodomenicano.it

© Homo Legens, 2018

Calle Monasterio de las Batuecas, 21

28049 Madrid

www.homolegens.com

De la traducción: © Elena Faccia Serrano

Del prólogo: © Juan Antonio Reig Pla

Colección dirigida por Gabriel Ariza Rossy

Título original: Prediche corte tagliatelle lunghe (2017)

ISBN: 978-84-17407-28-5

Depósito legal: M-27689-2018

Maquetación y diseño de cubierta: Ignacio Cascajero Curros

Impreso en España- Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.



ÍNDICE

Prólogo a la edición española	9
Prefacio	21
Nota de los editores	23
1. Descifrar el sentido	25
2. Nuestro contemporáneo	65
3. El encuentro decisivo	89
4. Creer y amar	111
5. Atrae a todos hacia Él	147
6. Mirad al principio	163
7. Guiar a un encuentro	179
8. No hay paz sin verdad	189
9. Hechos para la libertad y el bien	203
10. La muerte no tiene ningún poder	225
11. Padre y maestro. Por Lorenzo Bertocchi	229

Prólogo

El libro que tienes en tus manos, querido lector, lo considero una verdadera joya. No lo digo sólo por su altísimo valor o por la rareza de un pensamiento tan profundo. Este libro contiene, en pequeños retales, las fibras más íntimas del alma de este gigante del espíritu que fue el Cardenal Carlo Caffarra, considerado uno de los mejores teólogos moralistas del momento presente.

Conocí a Carlo Caffarra en el año 1990 en Madrid, adonde había acudido a pronunciar una conferencia. Yo iba con el encargo de mi arzobispo de proponerle la apertura de una sección del Pontificio Instituto Juan Pablo II en Valencia. Mi impresión al escucharlo por primera vez la guardo intacta en mi memoria. Comprendí que estaba delante de un hombre de Dios, de un maestro que unía la profundidad de los análisis con la claridad de exposición y, a la vez, intuía la sencillez de un alma atravesada por el don de la «infancia espiritual».



PRÓLOGO

Al hablar con él, y después de muchos años de estar unidos en los trabajos del Instituto Juan Pablo II, pude comprobar cuanto capté en la primera impresión y lo descubrí como un verdadero padre. Lo he visto muchas veces orar a solas en la capilla del Instituto, en la que destaca una vidriera de las Bodas de Caná, y he deducido que toda su clarividencia y sencillez brotaban del contacto íntimo con el Señor y de su amor especialísimo a la Santísima Virgen María.

Desde el primer encuentro siempre he leído y estudiado todo lo escrito por el añorado Cardenal, constatando sus análisis agudos y su clarividencia. Ambos aspectos se han puesto de manifiesto en sus últimos textos sobre *La conciencia en Newman* y sobre *La reconstrucción de lo humano*. Se ha hablado de estos textos póstumos, que no llegó a pronunciar, como su testamento espiritual. Lo que es evidente es que en ellos aparece de nuevo y de una manera nítida toda su clarividencia y su espíritu profético. Siguiendo la trayectoria de su vida podemos afirmar que nos encontramos ante un hombre verdaderamente libre que se puso, sin reservas, al servicio de la verdad. Recuerdo que cuando lo visité en su pequeño apartamento en Roma me llamó la atención que en una de las paredes colgaba un dibujo de Picasso que representaba a Don Quijote y a Sancho Panza, personajes del inmortal Cervantes. Le pregunté por ello y me dijo de manera apasionada que era un gran admirador del Quijote cervantino y me recordó inmediatamente algunos pasajes, entre ellos la batalla contra los molinos de viento, que citó varias veces en sus conferencias. En el mismo Quijote leemos: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar cubre; por la libertad así como por la honra se puede y se debe aventurar la vida, y por el contrario, el

cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» (Cervantes, *El Quijote*, 2ª parte, cap. LVIII).

Indiscutiblemente el Cardenal Caffarra tenía alma de Quijote, siempre dispuesto a «desfacer entuertos y a socorrer a los huérfanos», los huérfanos provocados por una cultura nihilista que socava las raíces del alma y nos hace perder el horizonte de la verdad y de la eternidad junto a Dios nuestro Padre. Como el Quijote, Caffarra ha sido un hombre libre, como ha expresado en uno de los textos inéditos que iba a pronunciar en Londres sobre la conciencia moral. En él habla de «mi conciencia súbdita y soberana». Súbdita de la verdad y soberana para ejercitarse en la verdad y la justicia. Como no podía ser menos, también en el otro texto póstumo que iba a pronunciar en el Centro Rosetum de Milán, Caffarra, después de afirmar que «la voz de la conciencia sitúa la libertad del hombre ante un absoluto: un deber absoluto», habla de la posibilidad de falsear la conciencia desde la propia subjetividad y con un acto suyo. Para ello pone el ejemplo de Sancho Panza que reconoce que merece ser castigado, pero ¡pide darse él mismo los bastonazos! El Cardenal afirma a continuación: «El gran Cervantes había comprendido a la perfección la falsificación de la conciencia».

El criterio de un maestro

Acercarse a su figura supone en primer lugar reconocer en él al *maestro* que quería indicar un camino que él previamente había recorrido. Cumpliendo la indicación de Pablo VI, fue maestro porque era *testigo*. Su figura emerge como una respuesta a nivel eclesial a la necesidad urgente en la Iglesia de unos fundamentos sólidos donde construir la enseñanza moral de la Iglesia, para lo cual empeñó la vida, la fama y la salud

I

DESCIFRAR EL SENTIDO

EN EL ORIGEN DE MI SER

El hecho para nosotros más evidente es, también, el hecho más enigmático: el de mi *ser*, el hecho de que “yo existo”. He pronunciado la palabra más intensa que el hombre pueda pronunciar: “yo”. Esta palabra, efectivamente, denota la existencia de un *aliquid* que se plantea como único, insustituible, irrepetible. ¿Dónde ha tenido origen esta realidad? La respuesta que puede dar el saber científico no es, en los últimos tiempos, resolutive. De hecho, explica cómo surge el individuo de una determinada especie viviente, a través de qué proceso de fusión de las dos células germinales surge un individuo perteneciente a la especie humana. Respuesta no resolutive porque deja sin respuesta la pregunta fundamental: ¿por qué existe ese individuo humano que soy yo, y no otro? La individualidad del hombre no es del mismo

grado que la individualidad de una planta o de un animal, como ya parece pensar Aristóteles³.

Tenemos una especie de confirmación psicológica, por así decirlo, de lo que estoy diciendo. Cuando un hombre y una mujer deciden dar origen a una vida humana, sólo pueden desear un hijo. No tienen ninguna posibilidad de elegir este niño en lugar de aquél. Mis padres no me querían a mí, sino un niño, un hijo. Que el hijo deseado fuera yo, era algo que no estaba en sus manos.

Lo impersonal no puede dar origen a lo personal; la naturaleza no puede llegar a decir “yo”. Una persona puede surgir sólo de la Persona. En el origen de mi ser no puede haber más que un acto de inteligencia y de elección: era conocido antes de existir y fui elegido entre otros posibles infinitos. La fe cristiana, en profunda sintonía con las exigencias explicativas de la razón, enseña que cada persona humana individualmente está creada por Dios mismo. Más concretamente, el espíritu humano puede tener origen directo e inmediato en Dios mismo. Ahora bien, la persona, en su núcleo fundamental, está constituida en el hombre por el alma simplemente espiritual⁴. En palabras más sencillas: ninguno de nosotros existe por casualidad o por necesidad; cada uno de nosotros ha sido querido y elegido por Dios mismo. [...] Esta posición originaria imprime en nuestra libertad, en su ejercicio, un significado indestructible. Si la persona humana, cada persona humana, ha sido pensada y deseada por Dios mismo, a cada uno de nosotros se le ha conferido una tarea, es depositario de una “misión”

³ Cf. *Categorías* 2b 22-23; car. 3b 35 y ss.

⁴ Cf. E. Stein, *Ser finito y ser eterno*.

confiada, precisamente, a su libertad. El sentido de la vida no debe ser inventado, sino descubierto.⁵

VENIR AL MUNDO

La concepción de una persona es un acontecimiento grandioso. Es el resultado de un acto creador de Dios y del acto de la unión conyugal.

Dios ha querido al hombre desde el principio. Y lo quiere en cada concepción. Ninguno de nosotros viene al mundo por azar o necesidad. Su ser es debido a un acto creador de Dios. Cada uno de nosotros puede decir: yo estoy porque Dios me ha querido. No porque tuviese necesidad, por su utilidad. Dios quiere a cada persona por sí misma. “Por sí misma” significa que cada uno de nosotros no existe con el fin de ser algo distinto a sí mismo. Los filósofos dirían: cada persona es un fin, nunca un medio. Ninguna persona puede ser sólo utilizada, instrumentalizada.

Pero el origen de la persona está inscrito también en la biología de la generación. Si tenemos presente lo que he dicho antes, no será difícil comprender qué modo humano de crear las condiciones de la concepción corresponde dignamente al acto creador de Dios. Cuando un matrimonio toma conciencia de haber concebido una nueva persona humana, debería tener plena conciencia de que Dios ha deseado esa persona, y que la ha deseado por sí misma, no por los padres. Esta es la razón profunda por la cual el único acto digno de crear las

⁵ *La libertad humana en la concepción cristiana*, lección a los docentes universitarios, 25 de noviembre de 2004.

condiciones de la concepción de una nueva persona humana es el acto de amor conyugal, mediante el cual los esposos se convierten en una sola carne. Al acto de amor creador de Dios le corresponde el acto de amor generador de los esposos. Dios celebra la liturgia de su amor creador en el templo santo del amor procreador de los esposos. Producir una persona humana en un laboratorio es una falta grave de respeto a su dignidad: los niños se conciben, no se producen.⁶

¿QUIÉN ES EL HOMBRE?

«En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque *Adán*, el primer hombre, *era figura del que había de venir*, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»⁷. Este es el texto conciliar que san Juan Pablo II más amaba, y que citaba a menudo en los documentos de su Magisterio. El texto parte de un presupuesto que hoy es rebatido con fuerza por la cultura en la que vivimos. La persona humana no es una “materia”, una “masa” absolutamente informe, confiada plena y exclusivamente a la propia libertad. Un material bruto sobre el que ejercer nuestra propia actividad creadora. La persona humana tiene su propia naturaleza no sólo en sentido biológico; tiene una verdad que es suya. Y

⁶ *¿Por qué tiene tanto interés la Iglesia por la familia?*, discurso, Correggio (Reggio Emilia), 12 de febrero de 2017.

⁷ *Gaudium et spes*, 22, EV 1/1385.

no sólo esto. Sin duda, la pregunta decisiva sobre el hombre que atañe a su origen es: ¿de dónde viene? ¿de dónde deriva el hombre? Pero es aún más importante la pregunta sobre su destino final: ¿a qué está destinado definitivamente el hombre? O la pregunta equivalente: ¿cuál es la vocación del hombre? El texto conciliar responde a la pregunta sobre la verdad del hombre, a la pregunta, ¿quién/qué es el hombre? Y a la pregunta, ¿cuál es la vocación del hombre?, diciendo que la respuesta es Cristo, el Verbo encarnado. No en el sentido -y esto es muy importante- de que Él simplemente enseña una doctrina sobre el hombre, la verdad sobre el hombre. Sino en el sentido de que Él mismo, su persona -vida, obra, palabras- «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS, 22). Esta “manifestación del hombre al hombre” se produce, en un cierto sentido, de manera oblicua. En la revelación de Dios como «el misterio del Padre» (GS, 22) es como el hombre consigue saber, de manera completa, quién es y cuál es su destino definitivo, la “sublimidad de su vocación”.⁸

PERSONAS, NO COSAS

El cristiano no será luz ni sal si su conciencia moral no está iluminada por la conexión entre matrimonio, amor conyugal y don de la vida. El matrimonio y el verdadero amor conyugal son el único lugar digno para dar origen a una nueva persona humana. La persona, a causa de su dignidad, exige

⁸ *Reflexiones sobre Gaudium et Spes*, discurso, Parma, 15 de mayo de 2014.